



UN PANFLETO CONTRA EL DESASOSIEGO EN TIEMPOS DE CRISIS
[Reseña de *El intelectual melancólico*, Jordi Gracia, Barcelona, Anagrama, 2011]

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

El subtítulo (*Un panfleto*) del último ensayo de Jordi Gracia (*El intelectual melancólico*, Barcelona, Anagrama, 2011) nos pone sobre la pista del tono y de la intencionalidad de esta breve pero fogosa reflexión sobre el tiempo que nos toca sufrir, dirían unos, o mejorar, dirían otros. Con el horizonte apocalíptico de la crisis mundial a distintos niveles, económico, cultural y social fundamentalmente, este ensayo pretende, no tanto actualizar el estudio de la sociedad moderna y cristalizar el matiz de conciencia decadente o escéptica en que se encuentra en el posible desarrollo de las mentalidades occidentales, como programar unas pocas ideas, viejas pero potenciamamente activas, con las que atrincherarse para hacer frente a los vientos paralizantes y aterradores de una cosa que llamamos crisis y que parece arrebatar la fuerza a la ciudadanía y suprimir los derechos y conquistas que, en tanto que sociedad, ha logrado mantener hasta este íncipit de siglo XXI.

Como eje sobre el que fundamentar la reflexión anticrisis, una reflexión anticrisis no-negacionista –avisamos-, Jordi Gracia examina el prototipo de intelectual que tiene acceso a un público selecto –algunos masivo-, que ocupa cátedras y sillones de todo tipo de instituciones, que concibe su propia historia y, en consecuencia, la de su comunidad –o país- como el camino hacia la cima de la excelencia, y que ve en la vorágine de los nuevos tiempos la amenaza de ser suplantado por otros no mejores sino distintos, la amenaza de que las formas del conocimiento cambien, de que las formas

del gusto muden y de que la juventud de otros se sobreponga a su vejez, solemnizada a través de conceptos como la experiencia, la tradición y la oficialidad.

A este prototipo Gracia lo denomina “el intelectual melancólico”, y se rebela contra su idea de fatalidad omnímoda:

La melancolía de mi susceptibilidad es el aire de hastío cansado y de abandono, de derrota y de renuncia que genera la transformación desordenada del presente en intelectuales con muy pocas razones para quejarse y sin argumentos más allá de la irritabilidad que el desorden suscita en sus órdenes fosilizados. Profetizan el apocalipsis que anida en cada nuevo gesto social o público para denunciar la disolución de la alta cultura en la sociedad atolondrada del presente. Mi ira viene de la melancolía que se activa detrás de la ultimísima estadística sobre faltas de ortografía de los escolares, o en las últimas conjeturas sobre la decadencia docente, o en los índices de audiencia de un programa televisivo de chorradas, o en la fortuna editorial de un escritor patoso pero comercial: avisos angustiosos que sólo ellos directan de una regresión civil y educativa irreversible o, peor aún, definitivamente abocada al submundo de lo humano. (pp.13-14)

No está de más el recuerdo de Jordi Gracia hacia Montaigne, quien en sus *Essais* alerta sobre la costumbre de lamentarse de los tiempos que todo hombre está abocado a pensar y expresar en sus años de madurez. No se trata de algo distinto al tópico antiguo del *ubi sunt*, que ensalza un tiempo pasado mitificado en la memoria de una juventud, a la vez que reniega de un presente que empiezan a dejar de controlar y entender.

Estos *ubi sunt* de los intelectuales melancólicos resulta mucho más paradójico en cuanto que se relaciona con el mundo de la intelectualidad progresista (más o menos sesentayochista, más o menos tardofranquista y más o menos desencantada de la transición), y perjuran de la mediocridad de la escuela secundaria, de la pérdida del áura de la educación superior, de la desacralización del espacio universitario, del injusto olvido a que los confinan los medios de comunicación o el necio público que los mantiene, etc. Basura todo: la ESO, los profesores de menos de cuarenta, los alumnos con piercing, la universidad y sus programas fáciles, la televisión, lo que pone la televisión, el que hace televisión y el que ve televisión. Jordi Gracia reclama una mirada menos estereotipada y acomplejada a la hora de interpretar el mundo, y en cualquier caso más valiente a la hora de hacerse responsable de él:

Denunciar la pobreza de la cultura actual por la vía de desacreditarla es un fraude imperdonable de estos melancólicos porque en sus manos está transformar esa percepción descorazonadora en razones para el coraje estimulante. Ellos saben y sabemos los demás que la calidad es exigua y minoritaria, que las grandes obras son grandes porque son pocas y que la producción media de una cultura se mide sin prisas y con escepticismo, pero también con la honestidad de diagnósticos equilibrados. (p. 45)

Desacreditar el estado de la cultura actual por parte de los intelectuales melancólicos significa, de alguna manera, no llegar a entender el significado profundo de la democratización de la enseñanza secundaria y de la educación superior, del acceso a los bienes culturales en términos de consumo y de producción y del reordenamiento social y cultural en términos de globalización y masificación. Pero además su desdén no oculta, por otro lado, la incapacidad de su compromiso al no haber podido evitar esa deriva comunitaria hacia el mal gusto. Y en último término, el lamento de la decadencia del intelectual melancólico no revela más que cierta mentalidad burguesa narcisista y elitista que aspira a la calidad individual (fingida o no) y rehuye de lo colectivo, vulgar de necesidad:

Su actitud está avalada por la autoridad de sus trayectorias, pero suele servir para recordar su exquisita excepcionalidad, porque desde luego entre la nómina de degradados no están ellos. El público inerme reconoce –en algunos más que en otros– voces informadas cuyos diagnósticos toman en serio y creen de buena fe que la cultura se dirige al peor descalabro de la historia (en el marco incomparable de la riquísima historia intelectual española...). (42)

Y del tipo de intelectual melancólico, Jordi Gracia pasa a analizar a la propia comunidad que se lamenta por inercia. El epígrafe “reaccionarismo posprogresista” engloba a esa actitud de escepticismo y desencanto de la clase pensante y hablante acerca del porvenir de la sociedad, su política, su economía, su gestión de lo público, etc. Es en este momento cuando la prosa de Gracia se vuelve arrebatada para defender lo que no considera un fracaso sino una necesidad, la socialdemocracia, ese «proyecto ideológico sin ángeles ni demonios» (78), alejada de utopías y de fanatismos, de éxtasis y de depresiones, y el autor pone en valor las batallas ganadas por los derechos humanos, por los espacios públicos, por las instituciones colectivas, por los derechos laborales y civiles, individuales o comunitarios. Es el momento en que *El intelectual melancólico* se vuelve *Un panfleto*:

El pensamiento socialdemócrata debe quitarse de encima su propia melancolía e identificar con precisión los pivotes sobre los que actuar sigue siendo necesario y en realidad urgente: la protección del espacio público frente a la rapiña financiera, el fortalecimiento de la garantía comunitaria frente al interés privado, el descrédito del lucro como fin absoluto, la desactivación de la fantasía del éxito mediático como éxito de algún tipo, la reeducación civil de un ciudadano que desde chico conecta telemáticamente con todo el mundo sin saber absolutamente nada de ese lado del mundo, la reivindicación de la ética humanística sin complejos y basada en clásicos remotos y clásicos totalmente vivos, y en nuestro caso inmediato la ampliación de la enseñanza para escapar al localismo docente y formativo de muchachos que a veces parecen expertos en sus afluentes literarios y sus comarcas intelectuales pero muy débiles en ubicaciones más universales. (82)

La vuelta a un nuevo humanismo en nombre de Semprún, de Said, de Steiner, de Octavio Paz o de Vargas Llosa es el objetivo del panfleto, un nuevo humanismo consciente de la modernidad y reivindicativo de lo humano y de lo colectivo, a nivel político, económico y social. La llamada a la decepción, al desencanto, al escepticismo, a la abstención en cualquier frente es, en opinión de Gracia, dejar paso al capitalismo salvaje que no tiene complejos a la hora de morder la economía y la moral de una sociedad en crisis.

En definitiva, *El intelectual melancólico*, es un toque de atención hacia todas aquellas quejas que, en nombre de una progresía mal entendida, paralizan y desactivan los discursos constructivos, y es a la vez una llamada a la esperanza y al estímulo intelectual. “Nunca estuvimos mejor” históricamente, en términos marxistas, pese a la conciencia generalizada de decadencia. Y un último misterio en el que no acaba de profundizar: la otra cara de la llamada a la decadencia en una sociedad escéptica es la llamada a la salvación de la propia sociedad, y la Historia nos demuestra que los proyectos de salvación nacional han acabado secuestrando el tiempo y el avance de una comunidad, por no explicitar los resultados con los individuos concretos.